

Manalive



Manalive trata la eterna lucha del hombre científico empirista enfrentado al hombre religioso metafísico. El cálculo sobre la realidad contra lo mágico de la realidad.

Todo empieza en una casa de las afueras de Londres donde viven unos inquilinos variopintos. Entre ellos se encuentran tres hombres (de profesiones científicas) hablando en el jardín cuando irrumpe saltando el muro el señor Smith, vestido de verde y a la caza de su sombrero. Este hecho marcará toda la novela: la aparición de un personaje misterioso dentro del ámbito de la casa de la señora propietaria.

Chesterton juega con la provocación que supone encontrarse con un hombre ante el que uno se pregunta: ¿y tú quién eres? Este es la dinámica del acontecimiento, propia del cristianismo, que él utiliza para ver la reacción que genera a la razón y al corazón de los hombres.

Un acontecimiento, el Sr. Smith, despertará a todos los personajes para vivir su vida más a fondo. Su manera de tratar las cosas, las personas, su vestimenta, su equipaje, sus gestos, todo él es algo nuevo dentro de algo viejo (un hombre como cualquier otro). Su modo de estar despertará el yo de cada uno de los personajes, y estos desearán vivir con la misma intensidad como con la que tienen junto a su presencia.

Pero la novela es más que esto. Se descubre el pasado del señor Smith justo cuando éste quiere casarse con una de las jóvenes de la casa. Esto iniciará un juicio dentro de la misma casa (Chesterton aquí populariza sus ideas políticas y su interpretación de la sociedad) en el que se estudiará y valorará el pasado del señor Smith.

En este pasado parece haber robos, secuestros e incluso asesinatos (algo posible, ya que Mr. Smith lleva consigo un revólver). La novela adquiere un tono misterioso y a la vez

apasionante, ya que todo dentro de su ámbito se convierte en una aventura. Por eso el «Hombre Vivo» es aquel que pone en riesgo su vida, y no el que la guarda; es el que pierde la familia para reencontrarla; el que abandona a la mujer para pedirle otra vez matrimonio.

El señor Smith no solo simboliza al hombre vivo, sino también al hombre común. Así Chesterton juega con su apellido, ya que es uno de los apellidos más populares en lengua inglesa.

De esta manera tenemos delante a ese héroe cotidiano, el que lucha para que su vida tenga sentido en cada uno de sus ámbitos: trabajo, casa, amigos, estudios..., el que no abandona, como hacemos los hombres de nuestro tiempo, nuestro deseo de Verdad, Belleza y Vida en cada uno de los instantes de nuestra existencia.

ECLESIASTÉS

Hay un pecado: decir que es gris una hoja verde-
Y se estremece el sol ante el ultraje;
Una blasfemia existe: el implorar la muerte,
Pues sólo Dios conoce lo que la muerte vale;
Y un credo: no se olvidan de crecer las manzanas
En los manzanos, nunca, pase lo que nos pase;
Hay una cosa necesaria: todo;-
El resto es vanidad de vanidades.

Primera Parte: Los enigmas de Innocent Smith

CAPÍTULO PRIMERO: Cómo llegó el vendaval a la Casa del Faro

Del oeste se levantó un viento, como una ola de inmoderada felicidad, y veloz, cruzó Inglaterra hacia el este, arrastrando consigo el helado perfume de los bosques y la fría embriaguez del mar. En miles de agujeros y de rincones confortó al hombre como un trago y lo sorprendió como un puñetazo. En las habitaciones interiores de casas intrincadas y sombrías provocó como una explosión doméstica, sembrando el piso con papeles de algún profesor —tanto más preciados cuanto fugitivos— o apagó la vela a cuya luz un muchacho leía *La Isla del Tesoro*, sumiéndolo en rumorosa tiniebla. Por doquier introdujo una nota de drama en vidas nada dramáticas y llevó por el mundo el triunfo de la crisis. Más de una madre agobiada en algún estrecho patio interior había mirado cinco camisas diminutas en el alambre del tendedero como quien mira una especie de tragedia mezquina y nauseabunda; era como si hubiera colgado a sus cinco hijos. Vino el viento, y quedaron henchidas, agitándose, como si de un salto cinco rollizos diablillos se hubieran metido dentro; y allá en lo recóndito de su oprimida subconciencia, recordó vagamente aquellas burdas comedias del tiempo de sus abuelos cuando todavía moraban los elfos en las viviendas de los hombres. Más de una muchacha inadvertida en un húmedo jardín tapiado se había tirado sobre la hamaca con el mismo gesto intolerante con que hubiera podido tirarse al Támesis; y aquel viento rasgó el muro ondulante de los bosques, alzó la hamaca como un

globo e hizo ver a la joven formas de nubes curiosas allá lejos y cuadros de alegres pueblitos allá abajo, como si navegara por el cielo en una barca encantada. Más de un polvoriento seglar o cura, arrastrándose por una calle telescópica de álamos, pensaba por centésima vez que parecían penachos de un coche fúnebre, cuando esta energía invisible los cogió y los agitó y los batió en torno de su cabeza como una guirnalda o un saludo de alas seráficas. Había en él algo aún más inspirado y autoritario que el viejo viento del refrán^[1]; porque éste era el viento bueno que a nadie trae daño.

La racha voladora hirió a Londres justo donde empieza a escalar las alturas del norte, terraza sobre terraza, escarpada como Edimburgo. Alrededor de ese sitio algún poeta, ebrio quizá, miró azorado todas esas calles que subían hacia el cielo, y (pensando confusamente en ventisqueros y en montañeses ensogados) le dio el nombre de Chalet Suizo del que nunca ha podido librarse. En cierta parte de esas alturas, una terraza de altas casas grises, desocupadas en su mayoría y casi tan desoladas como los montes Grampianos, describía una curva hacia el extremo oeste, de manera que el último edificio, un establecimiento de pensión llamado «Casa del Faro», ofrecía en forma abrupta al sol poniente, su alto, angosto y sobresaliente remate, como la proa de algún barco abandonado.

El barco, sin embargo, no estaba del todo abandonado. La propietaria de la casa de pensión, una tal Sra. Duke, era una de esas personas incapaces contra las cuales el destino se encarniza en vano; sonreía vagamente antes y después de todas sus calamidades; era demasiado blanda para sentir los golpes. Pero con la ayuda (o más bien bajo las órdenes) de una afanosa sobrina, mantenía siempre un resto de clientela compuesta en su mayor parte de gente joven y bohemia. Y había, en efecto, cinco huéspedes parados por ahí con aire mustio en el jardín, cuando la gran ráfaga rom-

pió contra la base de la torre terminal, detrás de ellos, como estalla el mar contra la base de un peñasco prominente.

Durante todo el día, aquel monte de casas empinado sobre Londres había estado encerrado y sellado bajo una bóveda de nube fría. Con todo, tres hombres y dos muchachas habían hallado por último que hasta el jardín gris y destemplado era más aguantable que el interior negro y poco acogedor. Cuando vino el viento, partió el cielo y empujó el tendal de nubes hacia derecha e izquierda, descubriendo grandes hogueras brillantes de oro vespertino. La explosión de luz liberada y la explosión de aire impelido parecieron llegar casi al mismo tiempo; y el viento especialmente envolvió todo con violencia demoledora. El césped corto y lustroso se inclinó todo, en el mismo sentido, como pelo cepillado. Cada arbusto del jardín tironeó de sus raíces como un perro de su collar, y distendió cada hoja saltarina en pos del elemento perseguidor y exterminador. De vez en cuando un gajo se quebraba y volaba como tiro de ballesta. Los tres hombres se mantuvieron rígida y oblicuamente contra el viento como contra una pared. Las dos señoritas se ocultaron en la casa; mejor dicho, el viento en realidad las llevó a la casa. Sus dos vestidos, el azul y el blanco, parecían dos grandes flores rotas luchando y volteando en la ráfaga. Tampoco es inadecuada tal fantasía poética, porque había algo curiosamente romántico en esa irrupción de aire y luz después de un día largo, plomizo y oprimente. Césped y plantas parecían rutilantes de algo a la vez bueno y preternatural cual un fuego del país de las hadas. Se diría una extraña salida de sol al extremo opuesto del día.

La muchacha vestida de blanco se entró a tiempo, porque tenía puesto un sombrero de las proporciones de un paracaídas que la podía haber arrebatado hasta las coloreadas nubes de la tarde. Constituía el único brochazo de esplendor, e irradiaba opulencia, en aquel sitio de estrechez pecuniaria, donde se alojaba temporariamente con una

amiga: era una heredera en pequeña escala, de nombre Rosamund Hunt, de ojos pardos y cara redonda, resuelta y un tanto barullera. Además de adinerada era jovial y bastante bien parecida; pero no se había casado, quizá porque estaba siempre rodeada de una muchedumbre de hombres. No era descocada (aunque algunos la hubieran juzgado vulgar), pero a los jóvenes indecisos les daba la impresión de una figura popular a la par que inaccesible. Ante su presencia daba la sensación de haberse uno enamorado de Cleopatra o de estar buscando a una actriz de fama frente a la puerta del escenario. En efecto, parecía que algunas lentejuelas de teatro se hubiesen adherido a la señorita Hunt: tocaba la guitarra y el mandolín; tenía la manía de las charadas; y ante ese magno espectáculo del cielo desgarrado por sol y tormenta, sintió que un melodrama juvenil le henchía de nuevo el pecho. Con la estrepitosa orquesta del aire se abrieron las nubes como el telón de una pantomima largo tiempo esperada.

Y, cosa rara, la muchacha de azul tampoco quedó del todo insensible ante aquel apocalipsis en un jardín privado, aunque no existía criatura más prosaica ni más práctica. Se trataba, en efecto, nada menos que de aquella sobrina afanosa cuya fuerza constituía el único sostén de esa mansión en decadencia. Pero mientras la ráfaga sacudía e inflaba la falda azul y la blanca hasta darles los contornos de hongos monstruosos de los miriñaques victorianos, alentó en ella un recuerdo perdido que era casi un romance; recuerdo de un tomo polvoriento de *Punch* en casa de una tía, en su infancia; figuras de arcos de crinolina y arcos de croquet y cierta bonita novela de la que quizá formaban parte. Esa fragancia semiperceptible se esfumó casi de inmediato de sus pensamientos y Diana Duke entró en la casa aún más rápidamente que su compañera. Alta, delgada, aguileña y morena, parecía hecha para esa velocidad. Físicamente era de la casta de aquellos pájaros y animales que son a la vez largos y vivaces, como los galgos o las garzas o aun como

alguna víbora inofensiva. Toda la casa giraba alrededor de ella como en torno de una vara de acero. Sería falso decir que mandaba, porque su propia eficiencia era tan impaciente que ella misma se obedecía antes de que la obedecieran los demás. Antes de que el electricista pudiese componer un timbre o el cerrajero abrir una puerta, antes de que el dentista pudiese extraer un diente flojo o el sirviente un corcho apretado, ya la cosa estaba hecha por la silenciosa violencia de sus manos delgadas. Si bien era físicamente liviana, su liviandad nada tenía de saltarina. Pisaba el suelo con desprecio, y de intento lo despreciaba. Se suele hablar del fracaso patético de las mujeres feas; pero es más terrible que una mujer hermosa tenga éxito en todo menos en ser mujer.

—Es como para arrancarte la cabeza —dijo la joven de blanco, dirigiéndose al espejo.

La joven de azul no contestó, pero guardó sus guantes de jardinera; y en seguida fue al trinchante y empezó a tender el mantel para el té.

—¡Cómo para arrancarte la cabeza!, digo —repitió Rosamund Hunt con la serena jovialidad de quien sabe que sus canciones y sus discursos siempre han tenido seguros el 'bis'.

—Sólo tu sombrero, me parece —dijo Diana Duke—; pero se me ocurre que eso a veces tiene más importancia.

En la cara de Rosamund asomó por un instante un resentimiento de niña mimada y, luego, el humor de persona muy sana. Soltó la risa y dijo:

—Bueno, tendría que ser un viento muy grande para arrancarte la cabeza.

Se produjo un nuevo silencio; y el sol poniente, al surgir cada vez más por entre las nubes divididas, llenó de fuego suave la habitación y pintó de oro y rubí las opacas paredes.

—Alguien me dijo una vez —continuó Rosamund Hunt— que es más fácil conservar la cabeza cuando se ha perdi-

do el corazón.

—Ay, no hables de esas pavadas —dijo Diana Duke con brusquedad brutal

Afuera, el jardín se había vestido de dorado esplendor; pero el viento seguía soplando obstinadamente, y los tres hombres que se mantenían firmes también podrían haber comentado el problema de los sombreros y las cabezas. Y, efectivamente, su posición, en lo que a sombreros se refiere, era en cierto modo típica de cada uno. El más alto de los tres afrontaba el vendaval con galera de felpa que el viento parecía atacar tan en vano como a aquella otra torre taciturna: la casa situada a sus espaldas. El segundo trataba, en todas las posturas, de sujetar en su sitio un sombrero de paja dura hasta que por último se quedó con él en la mano. El tercero no tenía sombrero, y, por su actitud, parecía no haberlo tenido en toda su vida. Quizás este viento era una especie de varita mágica para probar a hombres y mujeres, porque había mucho del temperamento de los tres hombres en esa diferencia.

El hombre de la sólida galera de felpa era la encarnación de lo sólido y de lo afelpado. Grande, afable, aburrido y (según algunos) aburridor; de pelo rubio y alisado, de gruesas facciones, correctas: un médico joven de mucho porvenir, llamado Warner. Pero si, a primera vista, de puro afable y blondo parecía un poquito fatuo, en verdad no tenía un pelo de tonto. Si Rosamund Hunt era allí la única persona con mucho dinero, él era el único que hasta ese momento había alcanzado cierta fama generalizada. Su tratado sobre *La existencia probable del dolor en los organismos inferiores* había sido saludado universalmente por el mundo científico como trabajo sólido a la vez que audaz. En una palabra, era indudablemente de seso. No tenía la culpa de que sus sesos fueran de la especie que la mayoría de la gente quisiera analizar con un hurgón.

El joven que se sacaba y ponía el sombrero era un científico aficionado, de escasa importancia, que veneraba al

gran Warner con solemne ingenuidad. En realidad, por invitación de él se encontraba allí el médico distinguido; porque Warner no vivía en semejantes pensiones mediocres, sino en un palacio profesional de la calle Harley. Este joven era, a decir verdad, el menor y el mejor parecido de los tres. Sin embargo, era de esas personas (en ambos sexos se encuentran) que parecen estar condenadas a ser bien parecidas e insignificantes. De pelo castaño, de colores subidos, vergonzoso, perdía, por decirlo así, la delicadeza de sus facciones en una especie de borrón sepia y bermejo, mientras se sonrojaba y pestañeaba frente al viento. Una de esas personas obvias e inadvertidas: todo el mundo sabía que era Arthur Inglewood, soltero, moral, decididamente inteligente, que vivía de sus pequeñas rentas y se ocultaba en dos pasatiempos predilectos: la fotografía y el ciclismo. Todo el mundo lo conocía y lo olvidaba; incluso ahí, viéndolo en el deslumbramiento de aquel ocaso de oro, había en él algo indefinido como cualquiera de sus fotografías sepia de aficionado.

El tercero no tenía sombrero; era flaco, vestía ropa vagamente deportiva, y una pipa grande en la boca lo hacía parecer más flaco todavía. Tenía una cara larga e irónica, pelo negro azulado, ojos azules de irlandés y mentón azulado de actor. Era irlandés, pero no actor, excepto en las pasadas épocas de charadas de la señorita Hunt; de hecho se trataba de un oscuro y locuaz periodista, llamado Michael Moon. En un tiempo se supuso confusamente que estudiaba leyes, dando lugar a que el ingenio algo pesado de Warner hiciera chistes con las palabras «barra» y «bar»^[2] y observara que en ese último sitio sus amigos lo encontraban más a menudo. Moon, sin embargo, no bebía, ni siquiera se emborrachaba con frecuencia; era simplemente un caballero a quien le agradaba la baja compañía. Esto era en parte porque esa compañía es más tranquila que la de la sociedad; y, si le gustaba conversar con una camarera de bar (como aparentemente le gustaba) se debía principal-

mente a que la muchacha hacía todo el gasto de la conversación. Además, él solía aportarle la ayuda de otros talentos. Tenía esa curiosa manía de todos los hombres de su tipo, intelectuales sin ambición: la manía de andar con quienes le eran mentalmente inferiores. Había en la misma casa de pensión un judío diminuto y llamativo de nombre Moses Gould, un hombrecillo cuya vitalidad y vulgaridad propias de negro divertían tanto a Michael que se paseaba con él de bar en bar como propietario de un mono sabio.

La limpieza colosal que el viento había hecho de aquel cielo nublado se aclaraba cada vez más; una cámara tras otra parecían abrirse en el paraíso. Se sentía la impresión de poder por fin encontrar algo más luminoso que la luz. En la plenitud de ese silencioso fulgor, todas las cosas retomaban sus colores: los troncos grises se volvían plata, el pedregullo plumizo, oro. Un pájaro revoloteó como hoja suelta de un árbol a otro, y sus plumas pardas estaban retocadas con fuego.

—Inglewood —dijo Michael Moon, sin apartar del pájaro sus ojos azules—, ¿tiene usted amigos?

El Dr. Warner interpretó que la pregunta iba dirigida a él y, volviendo la cara ancha y radiante, dijo:

—Ah, sí, yo salgo mucho.

Michael Moon hizo una mueca de risa trágica, y esperó a su verdadero informante, que habló un momento después con voz que resultaba extrañamente serena, fresca y joven por salir de aquel exterior sepia y hasta polvoriento.

—En realidad —contestó Inglewood—, me parece que he perdido contacto con mis viejos amigos. El amigo más íntimo que he tenido estaba conmigo en el colegio: un tipo llamado Smith. Es curioso que usted mencione esto, porque hoy casualmente me estaba acordando de él, aunque hace siete u ocho años que no lo veo. Seguía ciencias como yo en el colegio; tipo inteligente pero raro; y se fue a Oxford cuando yo me fui a Alemania. El caso es que el cuento resulta bastante triste. Muchas veces le pedía que

viniera a verme, y cuando no tenía noticias de él las averiguaba. Me causó honda impresión oír decir que el pobre Smith se había puesto mal de la cabeza. Los datos, por supuesto, eran un poco confusos; algunos decían que se había sanado; pero eso lo dicen siempre. Hace como un año, yo mismo recibí un telegrama de él. El telegrama, por desgracia, no dejó lugar a dudas.

—Así es —asintió torpemente el Dr. Warner—. La locura es, por lo general, incurable.

—También la cordura —dijo el irlandés, y lo estudió con mirada lúgubre.

—¿Los síntomas? —preguntó el doctor—. ¿Qué decía ese telegrama?

—Da pena bromear con esas cosas —dijo Inglewood con su modo honrado y tímido—; el telegrama no era de Smith sino de la enfermedad de Smith. Las palabras textuales eran: «*Hombre hallado vivo con dos piernas*».

—Vivo con dos piernas —repitió Michael frunciendo el ceño—. ¿Quizás una versión de *vivito y coleando*... o, en este caso, *pateando*? No soy muy versado sobre las personas que no están en su sano juicio, pero supongo que han de estar pateando.

—¿Y las que están en su sano juicio? —preguntó sonriendo Warner.

—Ah, a esas habría que patearlas —dijo Michael con repentino entusiasmo.

—El mensaje es evidentemente insano —continuó el impenetrable Warner—. La mejor prueba es referirse al tipo normal sin desarrollar. Ni un niño de pecho espera encontrar hombres con tres piernas.

—Tres piernas —dijo Michael Moon— vendrían muy bien con este viento.

Efectivamente, una fresca erupción de la atmósfera casi les había hecho perder el equilibrio, y había roto; en el jardín los árboles ennegrecidos. Más allá se veían correr toda clase de objetos accidentales contra el cielo barrido por el

viento: pajas, palos, trapos, papeles y, a lo lejos, un sombrero que se perdía. Su desaparición, sin embargo, no era definitiva; después de unos minutos de intervalo, se lo vio otra vez mucho más grande y más cercano; un panamá blanco remontándose al cielo como un globo, tambaleándose un instante de un lado para otro como un barrilete herido, e instalarse luego en el centro del césped del mismo jardín, vacilante como una hoja caída.

—Alguien ha perdido un buen sombrero —dijo lacónicamente Warner.

Casi al mismo tiempo que hablaba, otro objeto franqueó la pared del jardín, volando tras el agitado panamá. Era un gran paraguas verde. Después llegó dando tumbos un enorme maletín amarillo, y en seguida una figura como una rueda vertiginosa de piernas, como el del escudo de la Isla de Man.

Pero aunque por el espacio de un relámpago pareció tener cinco o seis piernas, aterrizó sobre dos, como el hombre del extraño telegrama. Tomó la forma de un individuo grande de pelo claro, en ropa festiva de alegre tono verde. Tenía pelo brillante y rubio que el viento cepillaba al estilo alemán, cara encendida y vivaz como un querube, y nariz saliente y cómica un poco como de perro. La cabeza, sin embargo, decididamente no era querúbica en el sentido de no tener cuerpo. Al contrario, sobre los vastos hombros y la estructura en general gigantesca, la cabeza resultaba curiosa y anormalmente chica. Esto dio lugar a una teoría científica (apoyada plenamente por la conducta observada) de que se trataba de un idiota.

Inglewood tenía una cortesía instintiva y sin embargo desacertada. Su vida estaba llena de ademanes de auxilio semiesbozados y reprimidos. Y ni siquiera este prodigio de hombrón de verde que saltaba la pared como una reluciente langosta pudo paralizar el pequeño altruismo de sus hábitos ante el caso de un sombrero perdido. Se adelantaba